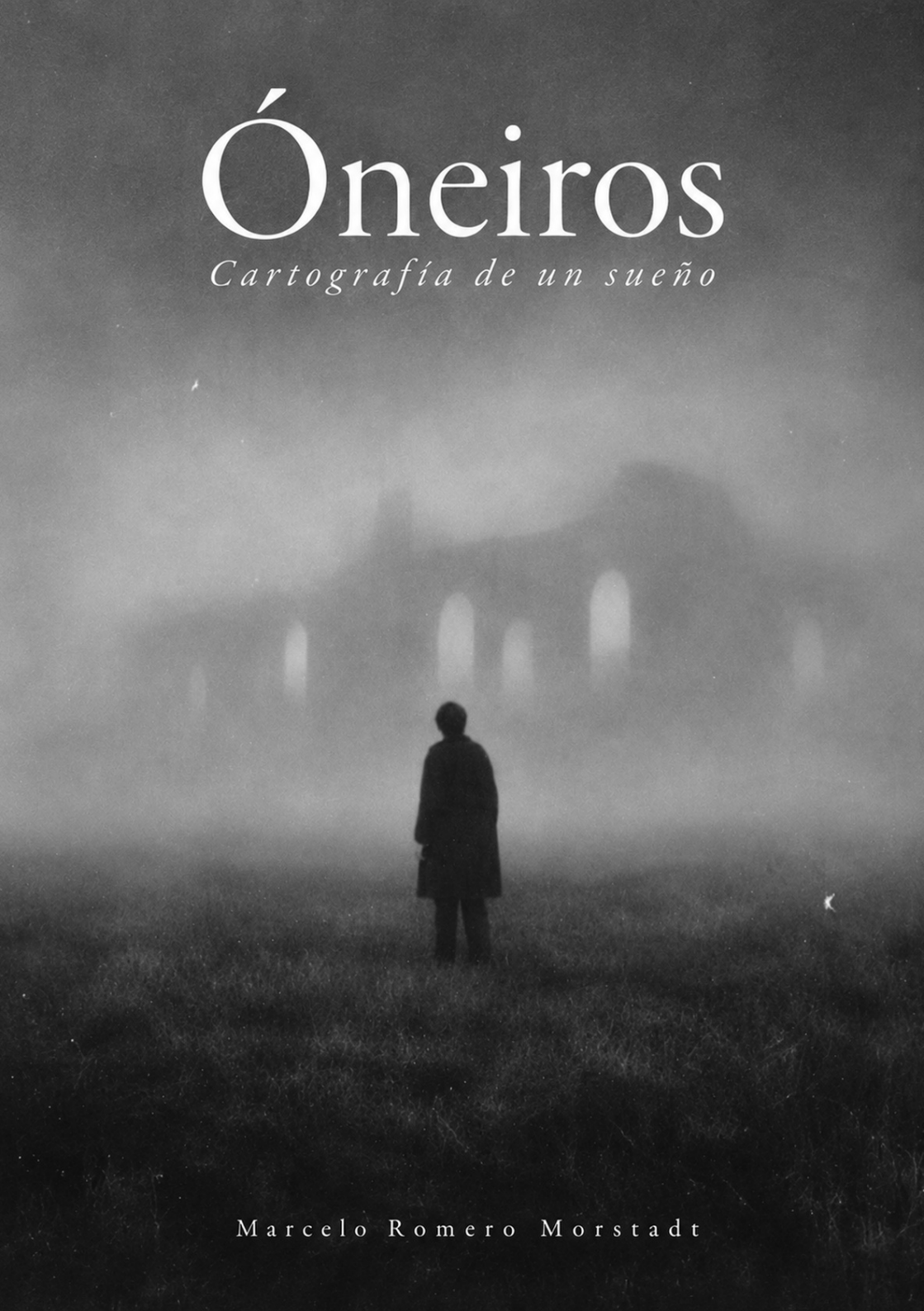
Óneiros

Cartografía de un sueño



Marcelo Romero Morstadt



Óneiros

Cartografía de un sueño

Marcelo Romero Morstadt

Onírico

(del griego óneiros, «sueño»): perteneciente o relativo a los sueños. Se dice también de lo que parece sacado de un sueño: fantástico, irreal o difícil de explicar con lógica.

Las partes están aquí.





Antítesis

Hoy veo y entiendo,
he rascado solo la superficie de lo posible,
sin profundizar en nada,
abriendo caminos que no llevan a ninguna parte,
creando futuros inciertos que nadie quiso seguir.

Me convertí en un líder de tropas fantasmas,
un guía de ciegos, sordos y mudos,
incapaz de explorar la racionalidad,
rozando siempre lo irracional,
comunicándome en metáforas, coplas y jergas,
en antologías y subterfugios,
escondiéndome de la verdad,
de mi incapacidad para concretar.

Sumido en el mundo de las ideas,
floté, volé, circunnavegué el mundo,
explorando lo sutil, lo denso, lo intenso
de las relaciones humanas.
Siempre alejándome de los problemas,
escapando de la realidad,
viviendo en un mundo de sueños,
donde todo se me hacía fácil,
donde fluir no costaba nada.

Soy la antítesis de la mensura,
la certeza y la eficacia,
porque en ellas veía un único camino de interpretación.
Prefería lo diverso y lo divergente,
creando oportunidades imposibles,
futuros probables guiados solo por la intuición.

Soy el adalid de lo extraño,
veterano de lo improbable,
padre de lo irrelevante,
buscando incansablemente
un camino inexistente de valor probable.

En este mundo de certezas,
el soñador es visto como extraño y ajeno,
digno de lástima,
porque lo que sueña carece de valor, carece de realidad.

Para los fracasados del mundo,
que viven soñando en el más allá,
alcemos nuestros estandartes de sueños imposibles,
naveguemos en mares de irrealidad,
pues en nuestras quimeras,
encontramos la esencia de nuestra verdad.

No somos menos por soñar,
sino más por atrevernos a imaginar,
en un mundo que solo valora lo tangible,
seamos los poetas de lo inasible,
los artífices de lo improbable,
los eternos soñadores de lo inalcanzable.



Héroe

Estoy tomando mucho. No sé si es porque quiero evadirme o simplemente porque quiero olvidar. ¿Qué quiero olvidar?

Que estoy en tierra de nadie, entre allá y acá. Que siento que avanzar es retroceder. Que mi forma de ser y de parecer se confunden con el licor en mi sangre.

No tengo dudas: es el elixir que no solo permite olvidar, sino también ser otro. Alguien que creemos ser, pero que nunca llega a ser.

Buscamos su calor, su tacto en el alma, para que aparezca dentro de uno ese personaje distinto a quien somos. Las mezclas abren la puerta del subconsciente y él entra a nuestras vidas, consumiéndolo todo, llenando todos los espacios. Le damos atribuciones y poderes que nunca le daríamos a nadie.

Ese ser toma decisiones, define rumbos, corre riesgos infinitos que jamás correríamos de otra forma. Pasamos de seres contenidos a seres libres, abruptos, deslenguados, capaces de pelear a la menor provocación porque creen tener siempre la razón. ¿Quién es esa entidad que duerme en nosotros, atada por la ética y la moral, rezagada, esperando tomar el control?

No sé si siempre estuvo ahí. Lo que sé es que soy yo quien lo llama.

Quienes toman lo cuentan después como si hablaran de alguien más: "no era yo". Y sin embargo lo reconocen. Saben su nombre, su forma de reír, su manera de desafiar. Se apodera de sus sentidos y vive una vida mientras la otra permanece apagada, como una casa con las luces cerradas esperando que el dueño vuelva.

Ese otro no aparece solo. Es llamado. Cada copa es una invocación, y él responde.

¿Por qué lo hacemos? Sabemos que nos hace daño y aun así levantamos el vaso. Tal vez para evadir una realidad que pesa demasiado. Tal vez para alegrarnos un rato, para sentir que la vida es más liviana de lo que es. Tal vez para tomar posesión de ese otro y ser por unas horas quien no nos atrevemos a ser.

Pero esa pregunta casi nunca se hace. La copa llega antes y llena el espacio donde la pregunta debía estar. Responde sin que nadie haya preguntado nada.

Tal vez por eso creamos a los héroes. Buscamos lo que no somos: una versión mejorada de nosotros mismos, una que no se equivoca, que no se rinde, que ante la adversidad sigue, fuerte y determinada.

Y todos los héroes empiezan igual: con una llamada. La diferencia es quién llama y hacia dónde.

El héroe verdadero deja la comodidad de su hogar y de su familia para ir al encuentro de lo inevitable. Sabe que quizás no vuelva, y aun así se planta frente a lo desconocido. Su voluntad tiene un norte: mover la rueda de la vida, crear un nuevo ciclo que solo la acción puede echar a andar. Lo guía la intuición, esas sutiles inflexiones del cuerpo que viven en el aire, en el sonido, en la esperanza de algo mejor, algo único.

Porque el viaje no empieza con la espada ni con el camino. Empieza con una pregunta que no deja dormir.

El otro, el que nace del vaso, también se siente invencible. Pero no sale de casa. No avanza hacia ningún lado. Su viaje es hacia arriba.

Con cada copa sube un poco más. Se siente más brillante, más fuerte, más verdadero. Cree que esta vez sí, que está a punto de lograrlo, de triunfar, de ser por fin ese que siempre quiso ser. Llega tan alto que casi puede tocar a los dioses. Desde ahí todo parece posible y todo parece suyo.

Pero las alas eran prestadas.

Y entonces el efecto se acaba.

No hay descenso, hay caída. Desde lo más alto al vacío de la realidad.

Llega la madrugada, o la mañana, y con ella el silencio. Las luces de la casa se encienden de golpe y el dueño vuelve a un lugar desordenado por alguien que no era él, pero que sí era él. El cuerpo pesa. La memoria trae pedazos: una palabra de más, una pelea, una promesa, una risa que ya no da risa. Aparece el dolor de haber vivido lo que no se quería vivir, y el de no haber llegado nunca a donde se creía estar.

Porque el triunfo no estaba allá arriba. Nunca estuvo. Solo era la altura desde donde se cae.

Lo que se quería olvidar sigue ahí, intacto, esperando. Solo que ahora pesa un poco más.

El héroe, herido, vuelve a su caverna, a ese rincón oscuro donde duerme atado, y se acomoda en la sombra con sus alas rotas. No se va lejos. Sabe que la próxima copa le dará alas nuevas y volverá a nombrarlo.

Su rueda también gira, pero siempre vuelve al mismo lugar: subir, creer, caer.

Y yo me quedo con la pregunta que no me hice, la que inicia el viaje:

¿Por qué lo hago?

Héroe mío, que buscas cobijo en mí: ríndete al tiempo y a la edad que te tocan, porque sin norte eres solo voluntad. Y yo, sin preguntas, soy solo tu caverna.



Cueva del Alma

En la cueva del alma, en lo profundo,
donde el arriba se junta con el abajo,
allí, en el santuario de lo íntimo,
reposa mi ser, en un silencio sagrado.

Estalactitas y estalagmitas se entrelazan,
como pensamientos que danzan en el aire,
creando un espacio intersticial, un entre,
donde aguardo encontrar respuestas, sin desaire.

En la oscuridad de este santuario secreto,
mi corazón late al compás del misterio,
buscando en las sombras la luz del conocimiento,
encontrando en la quietud el rumbo verdadero.

En la cueva del alma, donde el tiempo se detiene,
se abre un camino hacia la verdad más pura,
donde las dudas se disuelven y el alma se eleva,
hacia la plenitud de su esencia más pura.

Que en este espacio entre, donde todo se fusiona,
encuentre la paz que anhela mi corazón,
que en la unión del arriba y el abajo,
descubra el secreto de mi propia canción.

Profundidad

Tal vez bajo siempre a las profundidades
para engendrar,
para crear,
para generar algo
en el silencio subterráneo,
donde las ideas florecen como sombras luminosas.

Me siento más cómodo creando
en la soledad fecunda del universo íntimo,
donde los pensamientos surgen
como estrellas en el infinito.

Me gusta encontrar cosas valiosas,
tesoros ocultos en la penumbra de mi ser,
me gusta estar en soledad,
donde las palabras susurran secretos
en el lenguaje de lo desconocido.

Me gusta usar mi intuición para moverme
como un río que traza su propio camino,
me gusta perderme y me gusta encontrarme
en los laberintos de mi mente,
donde cada esquina es un nuevo comienzo.

Me complace lo complejo, lo difícil,
el camino que nadie camina
por miedo a perderse o morir,
soy un navegante, un explorador
que ve en la dificultad
un potencial inmenso de cambio.

Soy el Dante atrapado en nueve círculos infernales,
de los condenados,
soy el Hades, el dios de los muertos,
encadenado a las profundidades del reino oscuro y sombrío
ubicado en las entrañas de la Tierra, serio y austero,
con una mirada penetrante y profunda,
gobierna el inframundo y la muerte.

Siempre busco estar cambiando, en movimiento,
nunca estático,
ya que lo quieto es igual a la muerte para mí.
No le tengo miedo al mundo interior
porque dentro de uno están todas las respuestas.

Soy el eterno creador en cambio constante
que, al igual que el universo,
experimenta procesos profundos y violentos,
sabiendo que es el camino natural de las cosas.

Soy el dēmiourgós, el “creador”,
la divinidad o el ente que impulsó el universo,
soy el hacedor, el organizador de la realidad.
Soy el que copia las ideas perfectas en la materia imperfecta,
obteniendo los objetos que forman parte del mundo real,
imitando la perfección del plano ideal.

No temo a la muerte,
ya que para mí es un cambio de estado más,
una manifestación de la energía primigenia
que me motiva a crear
y vivir cada segundo de mi existencia
como si fuera el último.



Duda

En el umbral del alma una entidad yace,
la Duda, serpiente que enreda y cierra,
susurra en la sombra, corrompe en la luz,
un espectro que asfixia, un sol que no abraza.

Su aliento es fuego que congela los sueños,
sus ojos son espejos de rabia y desilusión,
mordiendo las horas, devorando el aliento,
su lengua de cuchillos dibuja dolor.

La Duda, reina el caos, teje su manto,
un velo de preguntas, un manto de sombras,
se enrosca en el pecho, oprime la vida,
susurra secretos que nunca se encuentran.

Nos volvimos a enfrentar,
en la arena de los vivos, con lanzas de silencios,
la Duda nos observa, ríe desde su interior,
en cada esquina acecha, en cada rincón espera.

No hay nada que hacer, todo es revisado,
escudriñado, cuestionado, sin respiro, sin paz,
un laberinto de incertidumbre, sin fin, sin salida,
Minotauro, hambriento y voraz.

Quisiera viajar lejos, más allá del horizonte,
donde la Duda no llegue, donde el sol renazca,
pero ella es la jaula, el guardián y el verdugo,
una prisión sin barrotes, una tormenta sin fin.

En cada intento de conexión, en cada esfuerzo vano,
la Duda se alza, un titán invencible, un dios insaciable,
mi alma, un campo de batalla, mi corazón, un campo de ruinas,
y en cada rincón de mi ser, su presencia es un grito.

En la expresión de mis hijos, veo su reflejo,
una sombra detrás de sus risas, un eco en sus miradas,
¿podrán ellos seguir adelante, libres de su abrazo?
¿O serán también prisioneros, en su red invisible?

Pero en este mundo de espejismos, la esperanza es frágil,
un susurro en el viento, una llama en la tormenta,
y mientras la Duda respire, mientras su corazón lata,
seremos sus cautivos, en su reino de niebla.

Bestia Negra

Soy la bestia negra oculta en tu pecho latente,
en sombras confinada, rugiendo valiente.
Soy el eco sutil de tu angustia callada,
la chispa que en gozo tu alma inflama.

Soy la fiera en tu desamparo prendida,
esa penumbra esquiva, apenas percibida,
que en el velo nocturno se revela,
cuando en su letargo el mundo yace y calla.

Soy el engranaje que tus sentimientos azota,
que con cada vuelta tu paz desbarata,
la tempestad que en tu vida irrumpe y brota,
buscando en las sombras a sus pares, a su flota.

Soy la noche inhóspita, la nube tormentosa,
que oscurece tu sol, tu alegría valerosa.
Soy el caos, el estruendo, el pesar que no reposa,
que desmorona, fractura y la fortaleza destroza.

Soy antimateria pura en tu ser encerrada,
aislada, olvidada, en su prisión desolada.
Se desencadena al sentir la llamada,
cuando el miedo acecha, cuando el alma está quebrada.

Soy la bestia negra, en el olvido sumida,
en un rincón desechada, en el silencio herida.
Ignorada y afligida, en su exilio confinada,
en su frío rincón, sin destino, sin nada,
memorando el instante en que fue abandonada.

Impostor

I

Soy el gran impostor,
fingiendo que todo va bien,
mientras mi alma se disuelve en sombras,
mi necesidad insaciable devora toda realidad.
A solas en mi mundo, encierro mi verdad,
pero en silencio, nadie lo sabe.

II

Soy el gran imitador,
navegante en un mar de espejos,
jugador de una vida que no es mía,
mis risas son ecos vacíos en la tormenta.
Me dejaste al borde de la noche,
en la penumbra de un duelo compartido.

III

Soy el gran usurpador,
que ve en la mentira una verdad,
que arrebata el aliento de la tierra,
dejando solo desolación a su paso.
Tomo todo lo que puedo,
sin dejar nada a los demás,
porque el vacío en mí exige más.

IV

Soy el gran simulador,
encadenado en una malla de engaños,
cada mentira un eslabón en mi prisión,
y mi corazón se cierra, enmascarado,
con cada lágrima escondida,
detrás de una fachada sin alma.

V

Soy el gran adulador,
un payaso con sonrisa de cera,
enmascarando mi dolor con gestos y palabras,
mi corazón es una corona de espinas,
que recuerda siempre el sufrimiento oculto.
En el teatro de la vida, la verdad que queda perturba.



La sutileza insignificante

En las sombras de mi propia morada,
me deslizo, como espectro sin mirada,
en busca de un rincón donde hallar
la paz que el mundo parece negar.

Mis pasos apenas rozan el suelo,
un eco débil, un murmullo, un duelo,
pues en esta casa me encuentro perdido,
un alma errante, sin rumbo, sin sentido.

¿Qué soy en este mundo de ilusión?
¿Un eco del pasado, una visión?
¿Represento el presente o el porvenir,
o solo busco un suspiro para existir?

Me he convertido en sombra, en nada más,
una figura que en la oscuridad se desvanece,
un eco lejano que apenas se escucha,
en esta casa que mi alma embruja.

Aunque anhele la cotidianidad,
me veo forzado a cuestionar mi identidad,
pues mi presencia apenas se reconoce,
y mi existencia en la penumbra yace.

Quizás sea hora de buscar otro hogar,
donde mi esencia pueda estar,
lejos de esta mansión encantada,
donde mi ser se siente atrapado.

Así, en la sutileza de mi propia insignificancia,
me debato entre la luz y la distancia,
en busca de un lugar donde pueda ser,
más que un espectro en la oscuridad, renacer.

La Fiesta

Se acabó la fiesta, se apagó el reflector,
Todos a guardarse, llega el chaparrón.
Los payasos, en su tristeza, ocultan el dolor,
Los domadores, en su ira, pierden el control.

Los trapecistas, en el aire, dudan sin red,
Reflejo de un amor que en el vacío desapareció
Los animales, en su jaula, sueñan con correr,
Cada uno anhela un camino propio al amanecer.

Ojalá se ponga orden a este caos desbordante,
Que amaine pronto, por favor, este temporal constante.
Los artistas, sin su escena, pierden la pasión,
La luz se apaga, y en la sombra, muere la ilusión.

Mañana será otro día, ¿lleno de vida o de ilusión?
Sin desdicha ni castigos, sin reproches, sin tensión.
Solo será una mañana tranquila para quien anoche sufrió,
En el silencio del circo su final encontró.

Volverán las palabras amables, volverá la conversación,
En el acto final, cada cual toma una nueva dirección.
A pesar de la distancia, en el recuerdo vivirán,
Un nuevo circo que, en otra ciudad, su carpa levantará.



Propósito

Un día común, una ratoncita asomó en mi velador,
de la nada preguntó mi nombre y dirección.
Con ojos llenos de destello, se acercó y expresó,
"¿Puedo quedarme contigo?" y en mi bolsillo se anidó.

Los años pasaron y la ratoncita creció,
anhelaba explorar el mundo a su alrededor.
Del abrigo de mi bolsillo, con mi consejo partió,
"Estudia mucho para entenderlo mejor", le dije con ternura.

Dedicada, se sumergió en el estudio, leyendo sin parar,
miles de historias y saberes a su paso descubrió.
Los años transcurrieron y ella de nuevo preguntó,
"Quiero estudiar las estrellas y comprender su razón".

La guié en entender el mundo que de otros aprendió,
miles de preguntas surgieron, miles de respuestas encontró.
La ratoncita se volvió experta, el Nobel conquistó,
su pasión y convicción nunca decrecieron, más y más aprendió.

Hasta que un día, fatigada de saberlo todo, a mi lado volvió,
contándome miles de historias, fascinado me quedé.
En un rincón sereno, el anciano se adormeció,
mientras la ratoncita le narraba sus aventuras,
finalmente, el anciano su merecido descanso halló.

La fábula de los 2 primos

Había una vez dos primos que decidieron mirar lo más lejos posible, cada uno en direcciones opuestas. Se ubicaron cómodamente en dos colinas y comenzaron su empresa. Ambos, equipados con binoculares, intentaron ver más allá de lo que sus ojos podían alcanzar. Sin embargo, pronto se dieron cuenta de la imposibilidad de llevar a cabo tal tarea y buscaron otros medios para lograr su objetivo.

En primer lugar, utilizaron sus sentidos para percibir lo que les rodeaba. Luego, cerraron los ojos al darse cuenta de que la vista era limitada y engañosa. Descubrieron que el gusto no les permitía alcanzar distancias superiores, por lo que lo descartaron. El oído y el tacto solo les permitían percibir a una cierta distancia. Luego, exploraron otras partes de sus cuerpos, como el estómago y el corazón, siendo capaces de sentir los sutiles cambios que estos les proporcionaban.

Fue a través de sus mentes y sus conexiones que comprendieron que no estaban preparados para este mundo material y obsoleto. En consecuencia, llegaron a la conclusión de que lo único que podían hacer era dejar de lado su humanidad y conectarse con su esencia superior, el éter, deambulando sin un rumbo fijo en un espacio ambiguo y alterado, en constante búsqueda de volver a experimentar la materialidad en su máxima expresión.

Finalmente, los dos primos despertaron de este viaje sideral y se abrazaron con fuerza para constatar que estaban vivos.



El Espejo

Bajo el reflejo astuto de este cristal,
mi imagen busca un brillo especial.
En su espejismo, un misterio se fragua,
la verdad velada por un lazo que no desagua.

Fulgor que resplandece,
la esencia pura, en el espejo crece.
Busco mi mejor versión,
la sublime expresión de mi propia ascensión.

La fuerza que el espejo proyecta,
la entereza que su cristal sujeta.
Astutamente, busca la luz sutil,
guiando mis pasos con arte y perfil.

Reflejo del aire que mi ser respira,
la libertad que mi alma ansía y admira.
Esencia mortal, llena de plenitud,
eco eterno de mi propia virtud.

Es mi yo superior, despierto y afinado,
forma de valor, siempre a mi lado.
Como un mar de alegría, mi ser fluye,
mientras en el espejo, mi reflejo se diluye.

Solo fuerza y voluntad, en ti convergen,
generosidad y bien, de ti emergen.
Ternura, consciencia, consejo sabio,
imagen clara, sutil, delicada.

Obligado a dejar mi voluntad,
el espejo crea y cambia las reglas con destreza.
Eliminando obstáculos, la imagen sube al cielo,
deseando volar alto, conectar sin recelo.

El espejo se ríe, sin cesar,
no soy yo ni mi petulante reflejo,
la persona reflejada,
sino la de mi amado hijo que,
inquebrantable, siempre busca la verdad.

Danza Dorada

En el silencio del ocaso dorado,
Ella danza con sus memorias,
Las que ha dejado atrás y las que ha abrazado,
Y aquellas que llenan su historia.

Las que se perdieron en el tiempo profundo,
Cuyos nombres ya no retiene su voz,
Ella las invoca en un giro de su mundo,
Librándose así de su amargo dolor.

Nunca anheló partir, nunca se quiso marchar,
Entre susurros de brisas y cantos del mar,
Baila con las sombras de vidas pasadas,
En un eterno baile de recuerdos guardados.

De primavera a invierno, danza sin fin,
Hasta que las estrellas sus destinos tejen,
Ella sigue bailando, con ferviente pasión,
Con los ecos de amor que jamás se desvanecen.

En el silencio del ocaso dorado, ella sigue danzando,
Con sus sombras queridas, en un abrazo eterno,
Porque en cada paso, en cada giro encantado,
Se encuentra con los amores que nunca se fueron.



Jardín en el aire

Una vez alguien armaba un ramo de flores tan perfecto, tan único, que era imposible de criticar. Tenía todos los colores del arcoíris, todas las texturas del universo, todos los olores de un millón de flores. Tanto, que quien lo armaba cayó en un sueño profundo.

En el sueño descubrió que su ramo era parte de una constelación de ramos que se preparaban para viajar a la estratósfera. Miles de ramos, miles de colores, miles de formas, como un prado tan extenso que la vista se perdía.

Las flores, solas, son simples objetos. Juntas, dejan de decorar: se vuelven esculturas vivas, en constante cambio. Y esa belleza efímera le recordó que su propia mortalidad estaba a la vuelta de la esquina.

Las flores se fueron colocando una al lado de la otra hasta formar una plataforma de color, y el aire las levantó para construir un jardín en el cielo.

Mientras subían, el viento y la temperatura las iban transformando, a cada una de forma única, en una danza de color. El frío las mantenía. Pero ¿por cuánto tiempo?

El jardín se mecía, oscilaba de un lado a otro y proyectaba sombras extrañas sobre el suelo: sobre un desierto lejano, sobre las montañas más altas, lugares donde ninguna flor podría existir. ¿Eran faros de belleza en un lugar sin vida, o actores de una obra sin protagonistas?

Nadie podía mirarlas sin quedar absorto, atónito, indefenso. Las flores tenían su propia realidad.

El jardín siguió elevándose, y el cielo vacío por fin tuvo medida: algo inmenso hecho de algo tan frágil.

Cuando el jardín se perdió de vista, todo volvió a la realidad. La persona despertó y terminó el ramo.

Camino a casa sintió algo extraño. Había un eclipse, pero no lo hacía la luna: lo hacían objetos de colores que caían desde el cielo.



Los poemas y textos en prosa de esta obra son originales de Marcelo Romero Morstadt. Salvo «Héroe», provienen del Diario para no olvidar(te).

Jardín en el aire nace de la obra del artista botánico japonés Azuma Makoto, que envió arreglos florales a la estratósfera.

Se utilizaron herramientas de inteligencia artificial para la creación de las imágenes y como apoyo en la edición y maquetación. La selección de los textos y las decisiones finales corresponden al autor.

www.marceloromero.com

El todo está en quien las contempla.

